

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC

# UNA DOSIS DE VERDADERA ESCRITURA

POR JONATHAN FRANZEN

«Leer a Munro me lleva a ese estado de reflexión tranquila en que pienso en mi propia vida: en las decisiones que he tomado, las cosas que he hecho y no he hecho, la clase de persona que soy, la perspectiva de la muerte. Ella es uno de los pocos escritores –algunos vivos, la mayoría muertos– que tengo en mente cuando digo que la narrativa es mi religión»

**H**AY buenas razones para afirmar que Alice Munro es la mejor escritora de narrativa actualmente en activo en América del Norte, pero fuera de Canadá, donde sus libros son número uno en ventas, nunca ha tenido muchos lectores. Pese a la condición de Cenicienta a que se ve relegado el cuento, o quizá a causa de ella, un alto porcentaje de la narrativa más apasionante escrita en los últimos veinticinco años han sido cuentos. Naturalmente, está la Más Grande [Alice Munro]. Están también Lydia Davis, David Means, George Saun-



to de Munro como artista es tan nítido y sobrecogedoramente visible –en todo *Selected Stories* e incluso más en sus tres últimos libros– es justo la familiaridad de su material. Fíjense en lo que puede hacer sin nada más que su propia humilde historia: cuanto más vuelve a ella, más cosas encuentra. No estamos ante un gol-

fista en el tee de prácticas, sino ante una gimnasta vestida con una sencilla malla negra, sola en un suelo desnudo, superando a todos esos novelistas que exhiben llamativos trajes y látigos y elefantes y tigres.

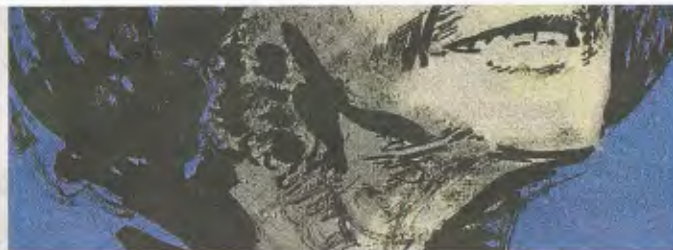
«La complejidad de las cosas, las cosas dentro de las cosas, parece sencillamente inagotable –declaró Munro a su entrevistador–. Quiero decir que nada es fácil, nada es simple.»

**A**quí estaba expresando el axioma fundamental de la literatura, el núcleo de su gancho. Y por la razón que sea –por la fragmentación de mi tiempo de lectura,

ders, Amy Hempel y el difunto Raymond Carver – todos escritores exclusivamente, o casi, de cuentos–, y luego un grupo más amplio de escritores con grandes logros en diversos géneros (John Updike, Joy Williams, David Foster Wallace, Lorrie Moore, Joyce Carol Oates, Denis Johnson, Ann Beattie, William T. Vollmann, Tobias Wolff, Annie Proulx, Michael Chabon, Tom Drury y el difunto Andre Dubus), pero que me parecen más a gusto, más ellos mismos en esta-

do puro, en sus obras más breves. También hay, sin duda, unos cuantos excelentes autores que sólo escriben novelas. Pero si cierro los ojos y pienso en la literatura de las décadas recientes, veo un paisaje crepuscular donde muchas de las luces más sugerentes, los lugares que me inducen a volver de visita, proceden de determinados cuentos que he leído.

Me gustan los cuentos porque no dejan al autor espacio donde esconderse. No hay manera de salir del paso a fuerza de palabrería; voy a llegar a la última página en cuestión de minutos, y si no tienes nada que decir, me daré cuenta. Me gustan los cuentos porque suelen estar ambientados en el presente o en la memoria viva; este género parece resistirse al impulso histórico, que da a muchas novelas contemporáneas un aire de fugitivas o cadáveres. Me gustan los cuentos porque se requiere la mejor forma de talento para inventar personajes y situaciones nuevos a la vez que se cuenta la misma historia una y otra vez. Todos los escritores de ficción padecen el mal de no tener nada nuevo que decir, pero los autores de cuentos son los más lamentablemente propensos a dicho mal. Tampoco en este caso hay donde esconderse. Los veteranos más diestros, como Munro y William Trevor, ni siquiera lo intentan.



NIETO

He aquí la historia que Munro cuenta una y otra vez: una chica brillante y sexualmente ávida se forma en el Ontario rural sin mucho dinero, su madre está enferma o muerta, su padre es un maestro de escuela cuya segunda esposa es conflictiva, y la chica, en cuanto puede, huye del campo gracias a una beca o alguna acción decisiva interesada. Se casa joven, se traslada a la Columbia Británica, cría a sus hijos y no es ni mucho menos inocente en la ruptura de su matrimonio. Puede tener éxito como actriz o escritora o figura televisiva; vive aventuras románticas. Cuando, de manera inevitable, regresa a Ontario, descubre el paisaje de su juventud inquietantemente alterado. Pese a que fue ella quien abandonó el lugar, supone un gran golpe para su narcisismo no recibir una cálida acogida, el hecho de que el mundo de su juventud, con sus anticuadas actitudes y tradiciones, ahora juzgue las decisiones modernas que ella ha tomado. Por el mero intento de sobrevivir como persona plena e independiente, ha incurrido en pérdidas dolorosas y desplazamientos; ha hecho daño.

Y prácticamente a eso se reduce todo. Ese es el pequeño manantial que ha nutrido la obra de Munro durante más de cincuenta años. Los mismos elementos se repiten y repiten, como Clare Quilty. La razón por la que el crecimien-

las distracciones y atomizaciones de la vida contemporánea o, quizá, una auténtica escasez de novelas absorbentes-, descubro que, cuando necesito una dosis de verdadera escritura, un buen lingotazo de paradoja y complejidad, es más probable que lo encuentre en los cuentos.

Más que ningún otro escritor desde Chéjov, Munro aspira en todas sus historias –y lo consigue– a una plenitud gestáltica en la representación de una vida. Siempre ha tenido un talento especial para desarrollar y desplegar momentos de epifanía. Pero es en las tres colecciones desde *Selected Stories* (1996) donde ha dado el salto realmente grande, a nivel mundial, y se ha convertido en una maestra del suspense. Los momentos que ahora persigue no son los de la toma de conciencia; son momentos de acción dramática irrevocable, fatídica. Y lo que esto significa para el lector es que uno ni siquiera puede empezar a adivinar el significado de un cuento hasta que ha seguido todos y cada uno de sus vericuetos; siempre la última página, o las últimas dos, encienden todas las luces.

Leer a Munro me lleva a ese estado de reflexión tranquila en que pienso en mi propia vida: en las decisiones que he tomado, las cosas que he hecho y no he hecho, la clase de persona que soy, la perspectiva de la muerte. Ella es uno de los pocos escritores –algunos vivos, la mayoría muertos– que tengo en mente cuando digo que la narrativa es mi religión. Porque mientras me hallo inmerso en un cuento de Munro estoy concediendo a un personaje imaginario el mismo respeto solemne y callado y el profundo interés que me concedo a mí en mis mejores momentos como ser humano.

JONATHAN FRANZEN ES ESCRITOR



**Alice Munro (imagen de archivo), que ayer fue distinguida con el Nobel de Literatura**

**Alice Munro, Nobel de Literatura**

## La realidad invisible



SOLEDAD PUÉRTOLAS

Alice Munro es mi autora preferida, diría que es mi maestra. Acabo de dar un taller sobre su libro «Mi vida querida» en Menorca y he visto cómo deslumbra. Lo sé desde hace años, cuando comencé a leerla por recomendación de una hispanista. Me interesó de inmediato, porque es una literatura moderna, en el sentido de que resulta muy sugerente, no ata todos los cabos y habla de los problemas que no se ven a simple vista, que muchos consideraríamos nimios, irrelevantes, invisibles. Ella los ilumina y nos hace ver que hay una realidad distinta debajo de muchas de las relaciones que tenemos los seres humanos. Y nos invita a explorar, porque deja cantidad de huecos, de detalles vacíos, así que el lector tiene que poner mucho de su parte. Munro juega con la elipsis como nadie lo hace: en un párrafo es capaz de dejar claro que una situación ha cambiado y no nos lo ha dicho, así que debemos volver atrás para percibirlo en toda su elegancia.

Le ha costado mucho llegar a ser una escritora con una literatura tan grande, que sobrepasa las expectativas de lo que se piensa que es la gran literatura –la de los grandes gestos y las grandes gestas–, porque sus héroes son personas anónimas y sus gestos son invisibles.

No está recluida, como Salinger, pero tampoco se sabe tanto de su vida. Alice Munro es muy discreta, elegante.

## EM2 / CULTURA

## *Bombas de relojería en las manos*

LOURDES VENTURA

Los relatos de Alice Munro (Wingham, Ontario, 1931) estallan entre los dedos como pequeñas bombas de relojería. El jurado del Nobel al coronar a Munro, rebautizada como la Chejov canadiense, valora la brillante construcción de unas historias que, engarzadas, perfilan un universo totalizador.

Los territorios de Alice Munro no se alejan demasiado del lago Huron, con sus personajes irrelevantes. Las existencias más anodinas se tambalean al irrumpir en la trama minúsculos horrores, odios antiguos y melodramas grotescos capaces de desmontar las máscaras pequeño burguesas.

Parece que no ocurre nada y, con una sabia dosis de tensión subterránea, se abre un cráter desconcertante y se despliegan batallas de supervivencia. Pequeñas naderías infectan las relaciones entre los personajes. Y Alice Munro deja caer, en el progreso de sus relatos, bombazos de secretos desvelados o explosivas mezquindades que despedazan inesperadamente el argumento.

Hasta ahora había recibido casi todos los premios, entre otros el Booker y varias ediciones del Governor General's Literary Award de Canadá. Sin ansiedad por hacerse visible es la cuentista más admirada con sólo una docena de geniales recopilaciones de relatos y una mínima aneja novelística. Si bien el conjunto



de sus cuentos articula una gran novela de corte faulkneriano. En *Mi vida querida* (Lumen), los personajes reales, la orgullosa madre maestra de Alice, su padre cazador, se mueven en el pequeño pueblo de Wingham junto a otros seres grises que nos resultan conocidos.

Inspirada por los cuentos de Katherine Mansfield y de la escritora del Misisipi, Eudora Welty, Alice Munro empezó a escribir en los años 50, fundó con su primer marido, James Munro, una librería en la ciudad de Victoria, Munro's Books, y en 1968 se sorprendió del éxito de su primera recopilación, *Dance of the happy Shade*. Sus cuentos son indomables y entreveremos la responsabilidad moral de mostrar una sociedad atravesada por nimiedades crueles.

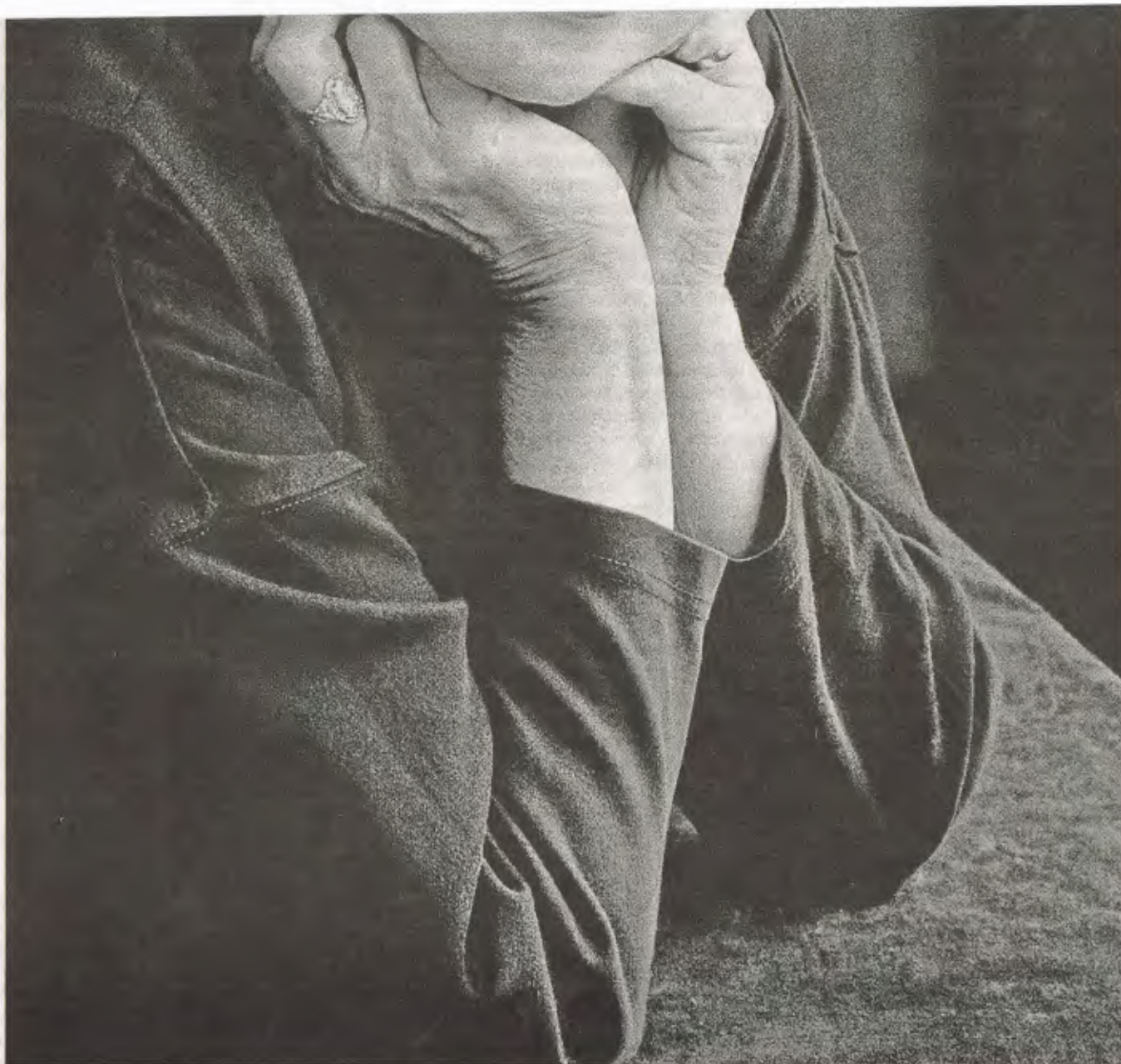
Colaboradora del *New Yorker* y del *Athlantic Monthly*, lleva años entre los grandes del relato corto. Sin dejar de ser una escritora secreta, en nuestro país se ha traducido parte de su obra: *Las lunas de Júpiter* (Versal); su novela de 1971, *La vida de las mujeres* (Debolsillo); en RBA se publicaron *Escapada*, *Secreto a voces*, *Odio, amistad, noviazgo y matrimonio*, *La vista desde Castle Rock* y *El amor de una mujer generosa*, editada anteriormente por Siglo XXI. Este mismo año, Lumen ha publicado la compilación biográfica *Mi vida querida*.

Sus personajes mejor diseñados son, naturalmente, los femeninos. Mujeres desnortadas, pasando de la juventud a la madurez en fatigosa monotonía, cuando, por un azar o giro de la voluntad inflexible, se despiertan del deterioro y vuelven a la carga. Munro narra el trastorno de esos personajes corrientes y vapuleados, hombres y mujeres, guardándose en la manga, como Faulkner, jugadas impredecibles. Franzen reconocía en un artículo la imposibilidad de sintetizar un relato de la canadiense. Su recomendación final era fulminante: «¡Lean a Munro! ¡Lean a Munro!».

## TENSIÓN OCULTA

**Alice Munro describe situaciones en apariencia anodinas pero siempre con un trasfondo que resulta inquietante.**

/ CORBIS



Viene de **página 48**

Munro, que es la mujer número 13 en recibir el premio en los 112 años de historia del Nobel, es muy canadiense. Sigue viviendo en un pueblo al oeste de Toronto a media hora de donde nació. Y la mayoría de sus relatos suceden en su región, Ontario, con protagonistas que podrían ser sus vecinos. La noticia del Nobel la pilló en Victoria, en British Columbia, donde estaba visitando a su hija.

El premio consiste en ocho millones de coronas suecas (unos 900.000 euros) y se entrega en una ceremonia en Estocolmo el 10 de diciembre.

La Academia sueca le concedió el premio por ser «una maestra del relato corto contemporáneo». Desde su primera colección de cuentos, cuando tenía 37 años, Munro ha publicado otros 13 libros de relatos y una sola novela, con la que, según confesaba ella, sufrió porque no era su género.

«Durante años y años pensaba que los relatos eran sólo práctica hasta que tuve el tiempo para escribir una novela. Entonces descubrí que era todo lo que yo sabía hacer y lo asumí. Supongo que intento meter tanto en las historias para compensar», decía en una entrevista con *The New Yorker*, el semanario que la descubrió en 1977 y donde ha publicado gran parte de su obra.

Munro comentó ayer en la televisión pública canadiense, CBC,

## TRECE MUJERES QUE ESCRIBÍAN PARA UN NOBEL

- **1909.** La primera mujer en recibir el premio Nobel de Literatura fue, en 1909, la novelista sueca Selman Lagerlof, autora de 'La leyenda de Gosta Berling'.
- **1926.** Grazia Deledda, hija de aldeanos sardos, fue la segunda en la lista y es hasta ahora la única italiana que ha recibido este galardón.
- **1938.** La estadounidense Pearl S. Buck, hija de pastores protestantes y que pasó su juventud en China, fue la tercera fémina premiada.
- **1945.** La única hispanohablante que lo ha logrado hasta ahora fue la chilena Gabriela Mistral.
- **1966.** La poeta y dramaturga de origen judío Nelly Sachs compartió el premio con un escritor,

el también judío Samuel José Agnon, en 1966.

► **1991.** La sudafricana de origen judío Nadine Gordimer, defensora de la abolición del 'apartheid', recibió el Nobel en 1991.

► **1993.** Toni Morrison fue la primera mujer negra y la segunda estadounidense en lograr el Nobel, en 1993. En 1988 recibió el Pulitzer por 'Beloved'.

► **1996.** La poetisa polaca Wislawa Szymborska se convirtió en la novena en obtener el premio.

► **2004.** Siguieron la austríaca Elfriede Jelinek...

► **2007.** La británica Doris Lessing...

► **2009.** Y la rumanoalemana Herta Müller.

► **2013.** Alice Munro es la primera canadiense de la historia que recibe el Nobel de Literatura.

## La novedad de la tradición

JUAN BONILLA

Pedro Salinas hablaba, a propósito de Cervantes, de la novedad incesante de la tradición. Creo que no hay mejor manera de definir la fuerza narrativa de Alice Munro. Que se la haya llamado la Chéjov canadiense fija una especie de techo para su obra y siendo sin duda Chéjov el padre del cuento moderno, el apelativo adjudicado a Alice Munro, a la vez que la hace embajadora de un estilo en un territorio determinado —Canadá—, la sitúa como mera epígona. Y para nada, claro. De ahí que la etiqueta, por muy económica que sea a la hora de hacernos una idea de de qué van los cuentos de Alice Munro, no sea ni mucho menos idónea. Para empezar porque a pesar de que el territorio de los relatos de Munro se correspondan con una

Munro ha erigido un mundo de mujeres —casi todos sus personajes principales lo son— que desvelan sus secretos. Secretos de su insatisfacción, de deseos moribundos que no volverán a alzarse y se graban en la página como epitafios. El abanico de mujeres de los relatos de Munro es inmenso: no se agarra a ningún arquetipo, por fortuna, y las hay con confianza en que no todo va a ser vida cotidiana y otras que han sido sacudidas por la desesperación y se han encerrado en casa a esperar que el tiempo se acabe. Las hay jóvenes y las hay mayores. Las hay decididas y las hay inseguras. Las hay niñas y muchachas que saben que el futuro es ser esposa de... y las hay que ya son esposas y deploran no tener futuro. Y casi todas ellas

El último libro publicado por Munro, *Mi querida vida*, tiene aire de conclusión. La última parte se llama *Finale*. «Son las primeras y las últimas cosas más cercanas que tengo que decir sobre mi propia vida», dice la autora. El *New York Times* dijo en su crítica que la obra es «menos compleja psicológicamente» que los libros más alabados de Munro como *Las lunas de Júpiter* (1982) y *Amistad de juventud* (1990).

Munro nació en 1931 en Wingham, un pueblo de 2.000 habitantes a dos horas y media de Toronto donde su padre era granjero y su madre profesora de colegio. La escritora asegura que creció con la idea de que «lo peor que podías hacer era llamar la atención sobre ti misma» o «pensar que eras demasiado lista».

Durante años, cultivó la lectura y la escritura con discreción mientras se dedicaba a hacer trabajo de ama de casa y a cuidar a los cuatro hijos que tuvo con su primer marido, James Munro. En 1972, la pareja se divorció y cuatro años después la escritora se casó con Gerald Fremlin, un geógrafo que apoyó su carrera (murió el pasado abril).

Aunque durante su primer matrimonio se sintió arrinconada y en sus relatos aparecen amas de casa sufridoras, Munro dice que no se considera feminista y que tampoco cree que los hombres lo tuvieran fácil en los 60, cuando ella no lu-

que desea que el Nobel sirva para enaltecer los cuentos: «Espero que esto haga que la gente vea que el relato corto es un arte importante, no es sólo algo con lo que juegas hasta que consigues una novela». Fue una de las pocas declaraciones que hizo ayer la discreta autora. Ni siquiera su editor en Nueva York conseguía localizarla.

Desde el año pasado, Munro intenta convencer a la prensa y a sus

## «Cuando llegas a mi edad (81) no quieres estar solo como tiene que estar un escritor»

editores de que ya no escribirá más. En junio, lo anunció después de recibir el mayor premio literario de Ontario por *Mi vida querida* (publicado este año en España por Lumen).

«Probablemente ya no voy a escribir más. Así que está bien marcharse con un golpe», dijo la escritora al *National Post*. «¿De verdad piensa que éste es el final?», insistía el periodista incrédulo. «Oh, sí», replicó Munro. «Estoy encantada. No es que no me gustara escribir, pero creo que llegas a un cierto estadio en el que piensas en la vida de manera diferente. Y tal vez cuando tienes mi edad ya no quieres estar solo tanto tiempo como tiene que estarlo un escritor», explicó la autora. En julio, dijo que quería «ser como los demás».

En noviembre de 2012, la escri-

geografía reconocible, no son en absoluto localistas. Podían haber sido escritos en cualquier otra lengua, podían haberse situado en cualquier otro lugar sin perder acaso un ápice de potencia: de ahí la facilidad con la que se ha contagiado en el mundo entero la pasión por su obra.

Una de las señas de identidad más evidente de sus relatos es la potencia poética: esto significa que exigen al lector una atención indismayable. Su intensidad nos envuelve con un ritmo sosegado, apacible, sin aparentes sorpresas, sin timbales. Y sin embargo, en ese alambre que cruza un espacio en el que cualquier mal paso va a dar directamente al aburrimiento o a la nadería, Alice Munro consigue crear emociones fuertes, consigue, como también se ha dicho a manera de eslogan de sus logros, helarnos la sangre. Una de sus habilidades más reconocibles es su capacidad para la descripción de objetos a través de los cuales descubrimos matices psicológicos de sus personajes, cualquier detalle le sirve a Munro para concentrar una energía narrativa que retrate a un personaje. Esto no quiere decir que Munro sea de esos autores de relatos que confían en la ley del iceberg entonada por Hemingway y que ha dado pábulo a tantísima nadería. Nada de eso: Munro no cree que haya que callarse nada o que dejar al lector la tarea de completar lo que se enuncia en un relato. Lo que sí que cree, sin embargo, es que todo lo que se diga en un relato debe ser importante. Sus relatos a veces pueden parecer novelas comprimidas al máximo, novelas a las que se les ha rasgado todo lo que en ellas era retórica y guarnición. De ahí que no sea de extrañar que algunos de sus relatos hayan deparado largometrajes.

tora ya le dijo a *The New Yorker* que ya no publicaría más. Su editora y entrevistadora, Deborah Treisman, no quería creérselo: «Un par de veces en la última década ha dicho que iba a dejar de escribir. Pero de repente han llegado nuevas historias a mi mesa. ¿Qué pasa

cuando intenta parar?». Munro contestó: «Paro por un extraño concepto de ser 'más normal', de tomarme las cosas con calma. Entonces, se entromete alguna idea. Creo que esta vez va en serio. Tengo 81 años y me olvido de nombres o palabras de manera habitual».

SON sorprendidas en un momento en el que pueden tomar la decisión, o se hacen la ilusión de que pueden decidirse: escapar, atreverse, arriesgarse. Jonathan Franzen escribió a propósito de Munro que todas sus historias eran la misma historia, protagonizada por una muchacha de Ontario, de voraz sexualidad, con una madre enferma o un padre muerto, que se escapa gracias a una beca, se casa, tiene hijos y luego engaña a su marido. Antes o después tiene que regresar a Ontario y su narcisismo recibe un duro golpe al ver que no es bien recibida por la sencilla razón de que algo la estigmatiza: hizo daño. Como descripción de una «heroína» que aparece alguna que otra vez en los relatos de Munro está bien, pero ni mucho menos agota las fabulaciones de la canadiense.

Escribe Mónica Carbajosa que muchos de los relatos de Munro tienen un tono de revisión de lo sucedido: una búsqueda, a través del recuerdo, del significado que tiene en el presente algo que se hizo —o que no se llegó a hacer— en el pasado. Esa luz tiñe de melancolía muchas páginas de la obra de Munro, que, en el fondo, es una escritora de suspense. Lo que ocurre es que en sus relatos no se trata de averiguar quién es el asesino, sino sólo, nada más y nada menos, de ver cómo las cosas que uno ha hecho pueden volverse contra él, de ver cómo las emociones, de repente, saltan de la página donde se las atrapó para clavársenos entre las sienes. Y todo ello sin violentar una tradición del cuento moderno en la que Munro se inscribe con absoluta naturalidad, dedicada al milagro antiguo de poner en pie personajes cuya realidad tenga la suficiente energía y concreción como para hacerse sitio en nuestras memorias.

«Ha hecho un trabajo maravilloso. Ha hecho bastante para ganar el Nobel», comentaba ayer Peter Englund, secretario de la Academia sueca y quien describió a Munro como «una fantástica retratista de seres humanos». «No tiene un solo trabajo flojo en su obra», dijo Englund.

chaba por producir un buen relato. «Creo que es bastante duro ser hombre. ¿Cómo habría sido si hubiera tenido que mantener a una familia en esos primeros años de fracasos?», se preguntaba.

Su vida cambió cuando ella y su marido James abrieron en 1963 una librería, la vía de escape y de inspiración para Alice.

Quejosos de la discriminación

## En España, la editorial Lumen publicará todos sus libros poco a poco

contra los canadienses, los editores locales recibieron su primera colección de cuentos, *Dance of the Happy Shades*, en 1968, con admiración y alegría. «Había mucho debate entonces sobre '¿dónde está nuestra literatura canadiense?'», contaba Munro el año pasado.

Su editorial, la estadounidense Alfred A. Knopf, que es parte de Random House, ya ha anunciado que reeditará todos sus libros. Una portavoz de la editorial española, Lumen, del mismo grupo, dice que sacará todas sus obras «poco a poco». En España sólo se han publicado cinco libros de Munro.

 ORBYT.es

>Videoanálisis de María Ramírez sobre Alice Munro.

FUNDADO EN 1903 POR DON TORCUATO LUCA DE TENA

ABC

## ALICE MUNRO: ESCAPADAS, AMORES, ADIOSES

POR MERCEDES MONMANY

«El objetivo principal de la literatura de Alice Munro es ahondar en el misterio profundo de la vida y la muerte de los seres humanos; en la tremenda extrañeza que provocan y en la imprevisión y grietas inauditas que albergan sus existencias. Es una especialista en abrir interrupciones abruptas en algo que acaba de nacer»

**D**E forma callada y sin la ayuda de especiales impactos tanto en las listas de venta de cada país como en campañas de lanzamiento diseñadas para la ocasión, la escritora canadiense Alice Munro (Wingham, Ontario, 1931) se fue convirtiendo estos últimos años, progresivamente, en una especie de mito literario. En la mejor autora de relatos de nuestros días. Algunas de sus piezas, repartidas en doce brillantísimas colecciones de cuentos hasta el momento, entre las que destacan El amor de una mujer generosa (RBA), Escapada (RBA) o Demasiada felicidad (*Lumen*), por citar sólo unas cuantas, alcanzan una rara y casi inquietante perfección. Un mito sobre todo para ese tipo de lectores, cada vez más abundantes, nostálgicos de un territorio lejano y originario donde se ponía en juego sobre el papel, cada vez, la verdade-

raciones. Escritores actuales, como el architrionfador Jonathan Franzen, autor de Las correcciones y Libertad, la han elogiado sin cesar. En su caso, dicciendo que su descubrimiento supuso para él «una auténtica conmoción» y que es, probablemente, «quien mejor escribe en América del Norte hoy día». Autora de doce recopilaciones de cuentos y de una novela (*Lives of Girls and Women*, 1971), que seguía a su primer volumen de relatos titulado *Dance of the Happy Shades* (1968), Munro, aparte del Premio Nobel tan justamente concedido ahora, ha recibido a lo largo de su carrera numerosos premios, entre ellos el Giller Prize de Canadá y el prestigioso National Book Critics Circle Award de Estados Unidos, en 1998, por una de sus más espléndidas recomilaciones, El amor de una mujer generosa.

El objetivo principal de la literatura de Alice Munro es ahondar en el misterio profundo de la vida y la

Nacida en el seno de una familia de granjeros e hija de una maestra, su verdadero nombre es Alice Laidlaw y casi todos sus relatos tienen como escenario la tierra que le vio nacer, el suroeste de Ontario, en los alrededores del lago Huron. En su libro *La vista desde Castle Rock* (2006, RBA) Munro se lanzaría a explorar por vez primera «lo más parecido a una autobiografía», entre lo imaginario y lo realmente vivido. Así lo expresará en el prólogo: «Explorar mi vida, mi propia vida, pero no de un modo preciso o riguroso. Me situaba en el centro de ella y escribía sobre esa identidad, de forma tan escrutadora como me era posible (...) Investigar. Es lo que hace la gente. Una vez que han empezado, siguen cualquier pista. Gente que apenas ha leído en toda su vida se sumerge en documentos, y algunos que a duras penas habrían sabido decir en qué año empezó y acabó la Primera Guerra Mundial sueltan a diestro y siniestro fechas de siglos pasados. Estamos hechizados. Ocurre sobre todo en la vejez, cuando nuestro futuro individual se cierra». En la primera parte de este libro (*Sin ventajas*) Alice Munro imaginaba, a través de unas cuantas pistas halladas en bibliotecas y en la obra del famoso escritor escocés James Hogg (1770-1835), las vidas de sus antepasados, los



ra y más genuina literatura. El necno, practica meditada y artesanal, sin más accidentes o concesiones que no fuera la creación literaria pura y despojada de toda circunstancia aleatoria. Los relatos de Alice Munro son herederos de la perfección del género lograda por maestros como Henry James, Chéjov o Maupassant, y comparables, como se ha dicho en más de una ocasión, a tragedias clásicas de nuestros días.

Los cuentos, o delicadas piezas de orfebrería de Munro, están ambientados en pequeñas ciudades de provincias canadienses, en urbes como Vancouver o en minúsculos parajes rurales, con casas desperdigadas y calles sin nombre y sin asfaltar, apenas asentamientos que no pueden llegar a llamarse pueblo. Todo es equívoco en el mundo engañosamente sencillo y cotidiano de Munro. Leer a esta autora requiere del ritmo y la atención otorgados a un poema: cualquier pormenor, salto repentino o alusión temporal, la forma pasada de moda de un vestido, el leve gesto de desasosiego o reproche en una conversación, cualquier duda o inflexión inadvertida en un diálogo, puede cambiar radicalmente la concepción del relato en curso, dejando al que lo lee al margen, fuera por completo del centro auténtico y neurálgico de la historia aparentemente banal que se narraba en esos momentos. Siempre hay algo de engañoso en el realismo aparente y literal de esta autora. Siempre se oculta algo excepcional, distinto a la medianía, inesperado, una fisura en esas vidas que «siempre son demasiado complicadas» para desechar detalles, abismos abiertos de repente, traumas quizá imborrables, sin saberlo mientras se está viviendo. En los relatos de Munro los desvíos del camino principal, lo presentido y no dicho, lo ni siquiera mencionado y apartado en la penumbra, adquiere un valor tan esencial como lo descrito y pormenorizado.

Desarrollada como escritora de relatos a la luz de publicaciones como *The New Yorker*, Alice Munro sería cada vez más apreciada por las jóvenes gene-

muerte de los seres humanos; en la tremenda extrañeza que provocan y en la imprevisión y grietas inauditas que albergan sus existencias. Es una especialista en abrir interrupciones abruptas en algo que acaba de nacer. Casi se podría decir que es su «marca de estilo»: algo, un instante de felicidad truncado de repente, en medio de las pequeñas crueldades, insatisfacciones, o en la escasa plenitud de una vida. Por ejemplo, en una historia de amor apenas insinuada, como la que se narra en *Pasión* (del espléndido volumen titulado Escanada), una chica vive un breve y accidental encuentro con un hombre febril, angustiado, lacerado por algún misterio que lo corroe por dentro. Se trata de alguien recién conocido, que perecerá en un accidente unas horas después, llevándose su enigma y «su falta de esperanza, auténtica, racional, eterna», su insondable oscuridad, ya para siempre.



bancopopular.es  
902 19 88 19

Laidlaw, aquellos pioneros que a comienzos del siglo XIX se embarcaron desde su tierra natal de Escocia, en el valle de Ettrick, al sur de Edimburgo, para instalarse en Canadá. Aficionados todos ellos a la lectura y a disfrutar de la palabra, en cualquiera de sus formas, entre ellos destacaría Margaret Laidlaw Hogg, famosa en toda la región por la cantidad de versos almacenados en su cabeza. Alguien que llevaba tan a gala su legado de transmisión oral que se enfadaría con el mismísimo Sir Walter Scott, que un día había ido a oír la recitar. Mary no soportó ver aquellas canciones y poemas populares publicados. «¡Eran para cantarlas! ¡Ahora nunca más se cantarán!», protestó indignada.

**M**uy pronto, Alice Munro observaría una línea secreta que los unía a todos ellos: cada generación de su familia produciría un escritor que querría dejar algún tipo de recuerdo –ya fuera a través de largas epístolas o de unas memorias– sobre lo que habían sido sus vidas. Ese sería el caso de su propio padre, Robert Laidlaw, personaje central de la segunda parte del libro (*Mi casa*) que escribiría una novela (*The McGregors: A Novel of an Ontario Pioneer Family*) publicada póstumamente. Especialista en advertir imperceptibles desvíos o deslizamientos bien en el camino, bien en los comportamientos más comunes seguidos por la mayoría, Munro retrata de forma absolutamente magistral y conmovedora a ese personaje soñador, romántico, unas veces trampero, otras cazador y criador de zorros plateados, o humilde guardián nocturno de una fundición, imbatible tras cada uno de sus fracasos, que fue su padre. Alguien que invirtió toda su vida en escapar como de la peste del destino único que le había sido trazado: ser un granjero y un austero y taciturno presbiteriano como lo habían sido casi todos sus antepasados.

MERCEDES MONMANY ES ESCRITORA